

La *lingüística*, en su sentido más amplio [sociolingüístico, según podría justificarse fácilmente, O.U. V.] es aquella rama de la ciencia que contiene toda la investigación empírica concerniente a los lenguajes. Es la parte descriptiva, empírica, de la semiótica (de los lenguajes hablados o escritos): por tanto, está constituida por la pragmática, la semántica descriptiva, y la sintaxis descriptiva.

Carnap agrega una frase significativa, que muestra cómo la sociolingüística comienza a poner sobre sus pies lo que en la lingüística tradicional con sus énfasis formales estaba de cabeza. En efecto:

Estas tres partes no están en el mismo nivel: la *pragmática está en la base de todo lo de la lingüística*. (Aquí, las cursivas no son de Uribe-Villegas sino de Carnap).

En relación con esta aproximación entre la lingüística y la pragmática (que es obvio debería de haber alcanzado antes, en forma expresa y no tácita, a la sociología), hemos pensado —cada vez más— que del lado sociolingüístico, la mayor aportación (cuadrangular, detallada, matizada) la puede haber proporcionado la doctrina de los registros explorada principalmente por los estudiosos británicos y de la que han dado una exposición reciente, aplicada a situaciones de multilingüismo Jean Ure y Jeffrey Ellis en *La Sociolingüística Actual*, obra colectiva editada por nosotros en 1974 para el Instituto de Investigaciones Sociales.

Frente a ese interés obvio, el otro es menos evidente, pero no menos poderoso. El que los clásicos de la semiótica hayan dejado de distinguir entre “signo-diseño” y “signo-acontecimiento” no puede dejar de ser uno de los grandes acicates para la

ulterior investigación semiótica o, más particularmente, sociolingüística.

Oscar Uribe-Villegas

Obshchestvo i yaz'ik. En A. T. Baziev, M. I. Isaev: *YAz'ik i Naciya*. Izdatel'stvo “Nauka”. Moskva, 1973.

Las relaciones entre el lenguaje y la sociedad son examinadas por Baziev e Isaev en un estudio breve, pero que tiene el mérito de recordar muchos puntos básicos que se olvidan en otros tratamientos de este tema. Conforme asientan, desde el principio, la relación entre el lenguaje y la sociedad es absoluta y bilateral, y si bien insisten simplemente en el viejo “no hay sociedad sin lenguaje”, precisan —en cambio— el otro miembro de la relación, en cuanto “el lenguaje se convierte en esquema muerto si no es usado por la sociedad”. En esto —creemos— llegan a converger ciertas construcciones artificiales que no llegan a emplearse como interlinguas, y aquellas lenguas naturales que han caído en desuso, de tal manera que, si a éstas se les puede llamar “lenguas muertas” las otras podrían denominarse “lenguas nacido-muertas”.

Las manifestaciones de esa relación entre lenguaje y sociedad son, en la presentación de Baziev e Isaev, tres: a) la que corresponde a la división de la humanidad que propicia la existencia de lenguas (nacionales y de otros tipos) que se acuerdan con esa división; b) la que consiste en el condicionamiento social del desarrollo y diferenciación de las lenguas, y c) la que corresponde a la conexión entre la historia de la lengua y la historia del pueblo.

Aluden estos autores a varias teorías sobre el origen del lenguaje: 1)

a la onomatopéyica, 2) a la interjectiva, 3) a la que lo funda en las “exclamaciones de trabajo”, 4) a la del pacto social y 5) a la marxista. De ellas, recuerdan: 1) la insuficiencia de la onomatopéyica (de origen estoico) y 2) la interjectiva (de origen epicúreo) puesto que si todas las lenguas tienen muchas onomatopeyas no todas las tienen iguales, y ya que la onomatopeya no puede explicar la denominación de los objetos que no emiten sonidos, así como si se considera que las interjecciones son relativamente escasas en todos los idiomas y se relacionan más con la *expresión* de sentimientos que con la *comunicación* de informaciones (función socialmente básica del lenguaje).

Señalan también que la de las “exclamaciones de trabajo” es una teoría materialista burda, insuficiente para explicar el complejo fenómeno lingüístico ya que sólo ritman el trabajo, pero ni expresan emociones ni nombran ni comunican. De la teoría del pacto social evocan el viejo contra-argumento que se pregunta sobre cómo se habrían podido poner de acuerdo los hombres para denominar a las cosas cuando todavía no sabían hablar.

Quizás convenga recordar, en esto, que una explicación cualquiera debe ser procesal y no estática y que, en el caso concreto, quizás fuera prudente recordar que el signo lingüístico es, simultáneamente, 1) arbitrario (en función semántica) y 2) convencional (en función pragmática). Si bien no un idioma entero, sí sus elementos pueden comenzar por ser innovaciones más o menos arbitrarias de los individuos que se convierten en convenciones aceptadas cuando en ellas convergen otros cosocietarios y les da su asentimiento el grupo.

La teoría marxista sobre el origen del lenguaje se esboza —sin llegar a precisarse suficientemente, de acuer-

do con nuestra apreciación— en trabajos como el de Engels sobre “el papel del trabajo en el proceso de la transformación del mono en hombre”, que debió de realizarse durante cientos de miles de años. Como recuerdan los autores, tanto Engeles como Marx consideraban que el lenguaje debió haber sido acústico desde sus orígenes, pero que “a su aparición le antecedieron los procesos de evolución de la anatomía del antepasado del hombre”. Aquí cabe hacer que converja el modelo durkheimiano de génesis social: una institución surge —decía el Maestro— cuando convergen su posibilidad y su necesidad. En esa previa evolución anatómica mencionada por Marx y Engels se habría gestado la posibilidad; esa posibilidad o potencialidad, se habría actualizado, a su vez, cuando “la necesidad de decir algo de uno al otro” creó no “un órgano” —como se dice— sino la nueva función de un órgano preexistente, y fue perfeccionándose ésta “lenta y constantemente, a través de la modulación, hacia una modulación más desarrollada”.

Es lástima que ni la anatomía ni la fisiología comparadas hayan hecho estudios suficientemente avanzados equivalentes a los que permiten afirmar, dentro de la “dialéctica de la naturaleza” que “la mano por fin se diferenció del pie y se estableció el caminar recto”; estudios que permitan explicar en razón de qué características anatómicas y fisiológicas de los órganos fonadores (pero, también, del sistema nervioso) el mono no puede hablar y el hombre sí.

Respecto de la aparición de la multitud de lenguas, la opinión de los autores es clara: ésta es el resultado de un proceso social, aseverado —en muchos casos— por la historia. La familia —célula social básica— debió tener su lengua; de ella debió desarrollarse el sistema de familias, tri-

bus y naciones y, paralelamente, debieron surgir las unidades lingüísticas tribales y nacionales. Los autores subrayan que “la tribu, al desintegrarse, conservaba por algún tiempo la lengua común y, después, se bosquejaban las variantes dialectales que, con el tiempo, se podían convertir en lenguas independientes”; pero, no olvidan tampoco que también tuvieron gran importancia los procesos de integración y que “las lenguas tribales, afines o no, ejercían influencias mutuas y facilitaban la aparición de nuevas lenguas”.

Lo que en esto también parece que debiera decirse es que quizás, justamente —nos movemos en el terreno movedizo de las hipótesis— haya sido la necesidad de convergencia comunicativa la que permitió que de diversas lenguas familiares surgieran las tribales por algo que sería como un pacto social no expreso sino tácito.

Si en materia sociolingüística la ontogénesis refleja la filogénesis, debe recordarse que, aún hoy, como variante del habla general de una sociedad, dentro de cada una de sus familias se desarrolla una cierta habla familiar, ininteligible a veces para los extraños que no han compartido las experiencias que hicieron surgir en cada familia ciertas formas de expresión, y que, al salir de la familia —hacia la escuela, por ejemplo— el niño (todos los niños) tienen que abandonar aquellos modos expresivos que difieren de los admitidos por el resto de la sociedad (por los niños de otras familias) si quieren ser entendidos.

El gran desarrollo de ciertas lenguas (romances, germánicas); el enriquecimiento y cambio de otras, gracias a las aportaciones externas (inglés), la unificación en torno de una norma a partir de las normas discrepantes de los dialectos (francés vs. *patois*) explican en tres formas dis-

tintas el paso de los idiomas de la calidad de tribales a la de nacionales, y cada uno de esos procesos refleja, en alguna forma, la historia externa de cada idioma: la historia de la sociedad constituida por sus hablantes.

En la Unión Soviética, según señalan estos autores, existen actualmente idiomas en diversos estadios de desarrollo: 1) lenguas tribales (a las que allí se les suele llamar “lenguas de un *aúl*”) como algunas del Dagestan; 2) lenguas de pueblos (que sería interminable listar), y lenguas nacionales (como el ruso ucraniano y bielorruso, eslavos; el lituano y el letón, bálticos; el moldavo, romance; el armenio, también indoeuropeo; el estonio, finougrió; el kazak, el kirguis, el uzbeko...).

La polarización social —hacia la que tuvimos ocasión de llamar la atención en un breve estudio sobre sociología de las religiones— se manifiesta como integración y desintegración de grupos (la sociedad humana es, en último término, una especie de tela de Penélope) que, en el caso del lenguaje, como lo indican Baziev y Asaev puede representarse por un rombo. Conforme ellos dicen: “El cambio cuantitativo de las lenguas se puede representar bajo el aspecto de un rombo que, en el extremo agudo superior va a la época de formación del hombre y, por otro, al lejano futuro comunista”. Dos convergencias —retrospectiva la una, prospectiva la otra— que, a nuestro modo de ver, sólo son virtuales; que se encuentran “por detrás del espejo” de la historia: en un adánico principio de la historia o en la unidad transhistórica de la humanidad.

El feudalismo, de acuerdo con los autores, debió de ser la época en la que hubo mayor número de idiomas. El capitalismo favoreció la integración de las lenguas nacionales, pero

con la imposición de los poderosos sobre la de los desvalidos. El socialismo ha favorecido también el renacimiento o el florecimiento de pueblos y de lenguas pero en una tónica distinta ya que no impone legalmente, como oficial, una lengua sobre las otras. Esto no impide reconocer que, aun cuando no se haga intervenir un elemento de fuerza y se aseguren iguales derechos a todos los pueblos, "no todas las lenguas se pueden desarrollar igualmente".

Barcov consideraba que el socialismo cambiaría sustancialmente las formas de transformación lingüística, pues postulaba que los hombres seguirían "viviendo en sus lugares de origen, en masas compactas" contra lo que está ocurriendo en la Unión Soviética, con sus grandes movimientos internos de población, a los que se agrega una falta creciente de discriminación, suspicacia y antagonismo entre las naciones que la forman, el cual propicia el intercambio lingüístico, la coalescencia de lenguas y... tal vez, la adopción de una lengua común para los intercambios internacionales. Eso no impide que se reconozca que "sólo con arreglo a un futuro lejano se puede hablar de la fusión voluntaria completa de las naciones" y de las lenguas (o del uso de una sola lengua por todas ellas).

De este capítulo de Bazaiev e Isaev, quizás la parte más interesante sea la que se refiere al lenguaje como fenómeno social. En este aspecto, piensan que para determinar su naturaleza hay que precisar cuál es su sitio entre los otros fenómenos sociales, y muchos otros piensan —de inmediato— en catalogarlo entre los elementos de la base o los de la superestructura social. Pero, Stalin criticó a Marx y a otros en cuanto consideró que el lenguaje no corresponde ni a una ni a otra pues: 1º) la suerte del lenguaje no está indisolu-

blemente ligada a una u otra base y no desaparece cuando desaparece la base correspondiente, aunque sí puede cambiar (palabras, modismos) dejando fundamentalmente incambiada la lengua (sistema gramatical, caudal léxico); 2º) el lenguaje puede servir a una u otra base pues "se asemeja a los útiles de la producción" (o sea, tiene carácter instrumental); 3º) las superestructuras son efímeras en comparación con el lenguaje que es multiseccular; 4º) la vinculación entre la base y la superestructura es indirecta, a través de la economía (medio refractante), mientras "el lenguaje, en cambio, estando ligado a toda actividad (incluso la productiva) refleja los cambios en la producción inmediata y directamente, sin esperar los cambios en la base".

El tratamiento nos parece magistral; pero, también creemos que, para hacerlo avanzar, será indispensable, en el futuro, dejar de tomar en bloque el fenómeno lingüístico; distinguir entre sus niveles; precisar y matizar. Así, como dice Abaev, la relación entre sociedad y lengua se manifiesta a simple vista en el léxico y en la semántica por ser simple, próxima y directa; pero hay que desentrañarla en la fonética, en la morfología y en la sintaxis, donde es compleja, distante y mediata. En forma parecida, precisaríamos que el lenguaje "se asemeja" pero no "se identifica" con los útiles productivos; que tiene una función instrumental, pero que ésta —siendo una de las principales— no constituye la totalidad funcional del lenguaje ya que este también cumple funciones expresivas, creadoras, estéticas que hacen del mismo —a veces, casi— un fin en sí. Habría que subrayar también la relatividad de lo efímero y lo multiseccular de las superestructuras y del lenguaje pues más que constituir dos polos, formarían un continuo: cada

superestructura ocuparía un sitio en él, y el lenguaje ocuparía un extremo (ya que, como hemos dicho en otras ocasiones es el idioma el que más resiste a su cambio holístico, al que trata de desplazarlo o de reemplazarlo como totalidad), mientras que en el otro extremo, la moda (veleidosa y tornadiza en lapsos muy breves) ocuparía su sitio. Y también sería indispensable establecer los grados de refracción para cada par de sociedades e idiomas.

Bazaiev e Isaev apuntan, muy certeramente, que el lenguaje, en sus cambios, obedece, principal si no únicamente, a sus "tendencias y leyes inmanentes, productos de una vida histórica multiseccular" y que "la intensidad de la vida del pueblo estimula los ritmos de desarrollo del lenguaje". No examinan —sin embargo— el hecho de que la consecuencia del cambio lingüístico y el deseo de señorearlo (a través de la planeación) introducen elementos perturbadores del esquema, a los cuales o acepta o resiste o se opone la sociedad (y, en forma indirecta, la estructura lingüística misma).

Finalmente, convendría considerar matizadamente, que los cambios sociales sí influyen en forma muy directa y evidente en la pragmática del lenguaje (cambio sociolingüístico por excelencia); en forma menos directa, pero aún clara, en la semántica del idioma (cambio etnolingüístico si se iguala etnología a culturología) y, en forma directa y poco clara en la sintáctica del idioma.

Quizás esto explique, en parte, mucha de la frustración que se recoge de varios estudios actuales que pretenden pasar por sociolingüísticos sin serlo; que son sólo lingüísticos, al modo antiguo, recubiertos por un ligero barniz sociológico. Se debe esto a que, por razones ideológicas, en "Occidente" se prefiere rehuir la ex-

ploración de la pragmática de los problemas e insistir en un simple análisis de la sintáctica de los mismos (tanto mejor si ésta no trata de sintaxis propiamente dicha sino de relaciones entre fonemas y aun entre simples unidades fonéticas) en búsqueda —a veces— de un equivalente lingüístico para la pigmentación de la piel, gracias a la cual se pueda afirmar y perpetuar la discriminación racial, nacional o de cualquier otro tipo.

El enfoque marxista (con el manejo de las nociones de base o infra y de superestructura) agrega así un útil elemento de contraste y de enriquecimiento a los dos enfoques principales presentados por Dell Hymes, en su antología sobre las relaciones entre lenguaje y cultura, que un día habrá que revisar más detenidamente.

Oscar Uribe-Villegas

L. Jonathan Cohen: "Some Remarks on Grice's Views about the Logical Particles of Natural Languages". En *Pragmatics of Natural Languages*. Edited by Yehoshua Bar-Hillel. D. Reidel Publishing Company. Dordrecht-Holland, 1971.

En 1968, H. P. Grice dictó unas conferencias de las que surgió lo que Jonathan Cohen llama la "hipótesis conversacionalista", a la que él opone, aquí, la que denomina "hipótesis semántica". Se refieren ambas —como explicaciones alternas— a la relación entre: 1) las "partículas" (expresión lingüísticamente laxa que nosotros preferimos sustituir por la de "marcos de sustitución") "no+ +y", "si... entonces..." y "o bien... o bien...", por una parte, y 2), por